

PSICOPATÍA: PANDEMIA DE LA MODERNIDAD

Inmaculada Jáuregui Balenciaga

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Resumen.- La psicopatía parece ser una patología consustancial a la modernidad, profundamente ligada a los “valores” económicos, que va filtrándose en la cultura, convirtiéndose en el modelo de éxito y poder a imitar y socavando las estructuras sociales y políticas, devaluando así la idea de democracia. Más allá del diagnóstico psiquiátrico, hoy extinto, la psicopatía emerge como un problema social en expansión, caracterizado por una crueldad hacia lo humano, fruto no sólo de una constante trasgresión de las normas sino de una perversión de la ley en beneficio propio. El origen de esta pandemia, generadora de una violencia sin precedentes, podemos situarlo en el espíritu protestante del capitalismo y su ulterior desarrollo.

Palabras clave.- *Psicopatía, modernidad, política, capitalismo, razón, economía, ley, trasgresión*

Abstract.- Psychopathy seems to be a consubstantial pathology of modernity deeply linked to economical values. It leaks into culture, becoming a model of success and power to imitate, undermining the social and political structures of society, thus devaluating the idea of democracy. Beyond the disappeared psychiatric diagnosis, psychopathy arises as an expanding social problem, characterized by a cruelty towards humane, not just because the constant transgression of norms, but by a perversion of law for personal purposes. The origin of this pandemic, generator of a historically unknown violence, can be placed in the protestant spirit of capitalism and its further development.

Keywords.- *Psychopathy, modernity, politics, capitalism, reason, economy, law, transgression*

Psicopatía: un mal moral en vías de expansión

Que la psicopatía existe desde tiempos inmemoriales (Garrido, 2000), eso no parece hoy ponerse en tela de juicio. Lo que sí nos cuesta creer -y posiblemente demostrar- es que la psicopatía se extiende, al igual que un virus o un cancer, a través de toda la sociedad moderna, adquiriendo magnitudes globales, a pesar de que grandes autores como Cleckley (1941) nos alertaron sobre la extraordinaria expansión en nuestra sociedad de esta patología tan particular. Si bien la prevalencia –número de casos de esta patología- podría asemejarse a la de la esquizofrenia (Garrido, 2000), esto es, entre un 0,5% y un 1,5% de la población general, dicha casuística no parece entonces mostrar claramente esta expansión, ni mucho menos reflejar la realidad social y global en que vivimos. Una gran parte del problema reside en la definición y clasificación. Desde el punto de vista psiquiátrico, no existe dicha patología –concretamente desde 1968- pues ha mutado hacia un trastorno de personalidad: el trastorno antisocial. Gracias a esta clasificación, dicho

trastorno se aplica fundamentalmente a la conducta criminal y se cierne, casi en exclusividad, sobre la conducta, dejando apartada toda una constelación de rasgos emocionales e interpersonales. Dentro de este mismo contexto mutante, el carácter social de dicha patología por la cual en su día se le bautizó sociopatía, se ha ido diluyendo, apareciendo como algo más bien individual, y posiblemente con una fuerte carga genética. De esta manera, se diluye todo el proceso de socialización moderno y global que está influyendo en la extensión de la psicopatía. En otras palabras, el sesgo ideológico que marca todo el espectro de la enfermedad mental y de los trastornos del comportamiento, no permite clasificar ni mucho menos estudiar como psicópatas a personas aparentemente normales y que están en campos tan variados como la política, la economía, la enseñanza, la medicina, entre otras profesiones. Ello es así porque, en primer lugar, como ya lo hemos dicho, dicha patología, desde un punto estrictamente psiquiátrico, no existe; en segundo lugar, porque muchos psicópatas no son criminales ni muestran una tendencia antisocial violenta tal y como es sesgadamente descrita en los manuales de criminología y, en tercer lugar, porque la tendencia antisocial propia de la psicopatía ha calado hondamente en nuestra cultura y nuestra sociedad gracias a la demagogia economicista, permitiendo que la tendencia antisocial, la violencia y la psicopatía pasen desapercibidas e incluso sea visto este giro antisocial como algo normal, sano, e incluso saludable en una democracia. Gracias a estudios como los de Iñaki Piñuel (2008) o Vicente Garrido (2000), empezamos a saber que la psicopatía campa a sus anchas en dominios como la política y la economía. También recuperamos la dimensión social de la patología a través de análisis de la sociedad contemporánea como los de Zygmunt Bauman (2007), Vicente Verdú (2003), Gilles Lipovetsky (1983, 1990), Christoph Lasch (1999) o Richard Sennett (1980), entre otros muchos autores.

En este contexto, retomamos no sólo la nosografía de psicopatía, sino que además nos reapropiamos de sus originales significados, referidos fundamentalmente a los ámbitos de la moral y de lo social. Así, desde esta perspectiva redefinimos la psicopatía como una sociopatía, es decir, como una locura o insania fundamentalmente moral o ética, cuya principal víctima es la sociedad, a través de su continua vulneración de las normas sociales. Se trata de una patología cuyos rasgos más claros son la falta de empatía o ausencia de toda preocupación por los demás, la crueldad y la insensibilidad emocional. Se podría entender esta patología como una indiferencia emocional hacia los demás. Esta indiferencia permite manipular y utilizar a los demás sin remordimientos ni culpa. Los psicópatas son personas racionales, lógicas, que conocen perfectamente la diferencia entre el bien y el mal. *«Lo único que parece explicar su conducta social es el cálculo frío y racional de lo que van a sacar u obtener de sus acciones»* (Piñuel, 2008: 24). Se trataría, así pues de *«una condición relacional cuya ruptura de los códigos morales se constituye en la característica más distintiva»* (Garrido, 2000: 25). Desde un punto de vista social, el psicópata vive en un estado perpetuo de anomia, causando gratuitamente daño, perjuicio y dolor. Todas las descripciones de la psicopatía hacen referencia al aspecto social del ser humano: *«Este sujeto nos presenta una imagen de una persona preocupada por sí misma, cruel y sin remordimientos, con una carencia profunda de empatía y de la capacidad para formar relaciones cálidas con los demás, una persona que se comporta sin las*

restricciones que le impone la conciencia. Lo que destaca en él es que están ausentes las cualidades esenciales que permiten a los seres humanos vivir en sociedad» (Hare en Garrido, 2000: 26). En este sentido social, el psicópata es sociópata, porque socava, en lo más profundo de sí, aquello que nos permite vivir en sociedad. La persona psicópata no está loca, ni sufre de delirios o alucinaciones; tampoco sufre de ansiedad ni angustia, ni sufre de conflictos psicológicos internalizados (neurótico). No obstante, su mundo emocional está fuertemente limitado; parece una especie de autista social (Piñuel, 2008). Simplemente es mala. Si los psicópatas son personas racionales y conscientes del daño que causan, solo nos queda reconocer que la definición de psicópata se hace estrecha, pues esta manera de ser es realmente una locura. Además, si este trastorno está en vías de expansión, estamos obligados a cuestionarnos los valores que la sociedad moderna occidental democrática promueve y ver cómo es posible que este tipo de sociedades sean un buen caldo de cultivo para la psicopatía (Garrido, 2000).

Convergencia de los valores psicopáticos con los valores de la sociedad moderna

La escisión entre razón y emoción parece estar a la base de la psicopatía. El pensamiento de la persona psicópata es racional y pragmático, se centra en los propios intereses, resulta ser indiferente a las consecuencias de sus actos y los daños que pueda causar en los demás, y no repara en los medios a utilizar para alcanzar sus objetivos (Rius, 2004). Esta visión del psicópata coincide de pleno con el espíritu del capitalismo y el funcionamiento economicista moderno y postmoderno. Este es el espíritu que impregna la modernidad; el espíritu en el que nos socializamos.

Cuando leemos sobre las características sociales de la persona psicópata o sociópata, sobre todo aquellas que hablan de normas, leyes, ausencia de remordimiento y culpa, no podemos impedir pensar en el funcionamiento político, económico y científico de nuestras sociedades. Cuando leemos que en estas personas, las psicópatas, domina una lógica perversa e instrumental, no podemos por menos de pensar en el funcionamiento de grandes empresas y corporaciones. Cuando leemos que las leyes y normas no van con ellos, no podemos dejar de pensar en el funcionamiento político de la democracia actual. Cuando leemos que las personas no les importamos en absoluto, pues sólo nos ven como meros objetos o instrumentos para conseguir sus fines (Piñuel, 2008), no podemos dejar de pensar en la lógica subyacente del capitalismo. El ser humano no importa al capital. El dinero no tiene ética ni moral. Quien dice dinero, dice negocios, dice empresas, dice corrupción, dice política, dice especulación, pero dice sobre todo de aquellas personas que están detrás de este tipo de mercadeo: los psicópatas. La ley dice que el no conocerla, no te exime de cumplirla. Pues el hecho de no saber que uno se comporta como psicópata no exime de serlo. En la psicopatía no es posible comportarse como si lo fuera, sino que se es. Si estamos gobernados por psicópatas, si trabajamos con psicópatas, aumentamos considerablemente la posibilidad de convertirnos en psicópatas, pues el medio de socialización es fundamentalmente psicopático. Es imposible estar sano en un medio enfermo.

Muchos estudiosos del tema se preguntaron en su día cómo personas normales, banales, eran capaces de cometer grandes atrocidades y volver a su vida normal con su familia y sus hijos. Pues bien, esta pregunta parece perfectamente comprensible si pensamos en esas personas aparentemente normales pero psicópatas, llevando una doble vida; una vida escindida o disociada. No obstante, esta disociación tampoco nos vale, pues significa que la persona que vive en esta disociación tiene interiorizado tanto el bien como el mal y puede vivir en ambos. En el caso del psicópata, esta persona no posee una interiorización del bien; si se comporta bien es por un proceso mimético de corte camaleónico que consiste en funcionar como si fuera normal pero sin sentirlo, sin serlo. La comprensión a esta cuestión nos la da claramente Piñuel (2008): vivimos en una sociedad cuyos valores favorecen el desarrollo de todo un narcisismo social. Las principales instituciones educativas y socializantes, como la escuela y la familia, resultan altamente tóxicas porque están basadas en la carencia de una internalización de las normas éticas o morales. En definitiva, estamos siendo enculturados en normas y valores psicopatas: *«En una sociedad psicopática, el narcisismo social dominante hace, además, el resto, inoculando desde pequeños a los niños la necesidad de éxito, de apariencia y de notoriedad social. El virus del narcisismo social les conduce a la rivalidad, la competitividad, la envidia y el resentimiento contra los demás. Tal es el despropósito educativo que nos invade y explica por qué muchos de estos niños, al hacerse mayores, se convierten en depredadores en organizaciones en las que recalcan como trabajadores»* (Piñuel, 2008: 77). Este autor va más lejos, comprendiendo las bases y los mecanismos psicológicos por los cuales ciertas organizaciones pueden transformar a buenas personas en psicopatas. Finalmente, el autor aclara cómo una estructura económica sacrificial como la de las sociedades occidentales produce una anestesia moral o una dimisión ética interior que conduce directamente al desarrollo de la sociopatía.

Ya algunos autores han hablado y tildado a nuestra sociedad moderna de “una sociedad sociopática” (Garrido, 2000). Nuestra sociedad se caracteriza, desde la óptica patológica, por el desarrollo y extensión de problemas globales como el crimen, la contaminación ambiental, los genocidios, las guerras, las hambrunas, el paro, la esclavitud. Si bien no podemos afirmar que estos problemas son la obra de psicopatas -¿o sí?-, sí podemos, al menos, empezar a pensar que son obra de personas que han adoptado formas psicopáticas de funcionar. Tal y como nos lo ilustra Piñuel (2008), gracias a la religión sacrificial de la economía, cuyo dogma sagrado es la racionalidad instrumental, cualquier persona normal puede perfectamente convertirse en un psicópata sin necesidad de que intervenga su genética. Basta con unos cuantos mecanismos de defensa y la socialización en una organización tóxica, que actualmente son muy numerosas.

El factor de socialización parece pues jugar un papel fundamental en la patología psicopática. Y, en este sentido, ya no sólo la psicopatía nos muestra su cara social del problema en su afectación y por sus consecuencias, puesto que dicha patología atenta al núcleo central de lo social, sino que además el propio proceso de socialización patológico aparece así como el principal agente responsable de dicha patología. Estamos siendo socializados en una constante

indefensión; una especie de resignación ante lo que no se puede evitar, que paraliza, bloqueando cualquier acción. Esto es, al afirmar que no hay alternativa al funcionamiento económico actual, estamos, de alguna manera, induciendo a la irresponsabilidad moral y social. No es culpa de nadie sino que son las circunstancias. Así, ante el espectáculo del sufrimiento que genera el mundo laboral y del mercado a través de la destrucción de vidas humanas e instituciones, ante la destrucción de familias y personas, la mayoría suspendemos todos los juicios de valor «*aludiendo a las leyes del mercado o a su carácter naturalmente regulador como algo casi sagrado*» (Piñuel, 2008: 191). Cooperamos así con lo “inevitable”. Las víctimas son sacrificadas con el beneplácito de toda la sociedad, porque se trata, fundamentalmente, de daños colaterales. En un segundo momento, nos distanciamos de ellas porque el individualismo social exacerbado dice que no es asunto mío/nuestro, no es de mi/nuestra competencia. Muchas cosas de las que suceden en el planeta, no parecen estar en nuestras manos y pensando así se genera indiferencia. Progresivamente vamos dejando de sentir, y vamos desarrollando una profunda falta de remordimientos y de sentimientos de culpa, así como una falta de empatía; características todas ellas de la psicopatía. A continuación, se genera una forma farisaica de crear chivos expiatorios porque ya que no es nuestra culpa, alguien tiene que ser el culpable. En este sentido, tenemos a grandes psicópatas en nuestra reciente historia que pueden explicar también los grandes horrores cometidos: Adolf Hitler, Adolf Eichmann, Sadam Hussein, entre otros. De esta manera, nadie es responsable salvo estas personas. En paralelo, vamos desarrollando otros grados de anestesia moral como la de solidarizarse con víctimas de otras latitudes mientras que sentimos indiferencia ante personas más cercanas. Así, ayudar a otras personas distintas y distantes compensa la disonancia cognitiva creada por la anestesia moral. Hay quien, en estos casos, expande la responsabilidad al conjunto de la población pero quien dice todos, dice también nadie. Por último tenemos el mecanismo que los psicólogos sociales han bautizado con el nombre de error básico de atribución que básicamente consiste en victimizar de nuevo a la víctima, acusándola de haber hecho algo para merecer tal castigo. En otras palabras, la víctima no es ni tan ni tal víctima. Esta es la condición perversa de la víctima: ella se lo ha buscado. Por último, destacar la muerte o desaparición o expulsión de la víctima fuera de la esfera social y vital. Así, muerto el perro, se acabó la rabia. Y el círculo recomienza, el contador se pone a cero.

Nuestra sociedad actual ha minado todo concepto de autoridad y toda adherencia de dicha autoridad a las instituciones básicas y pilares como la religión, la ciencia, la política, la educación y la familia. En estos tiempos de crisis crónica, no hay valores morales ni éticos que se sustenten. Dominan el desapego afectivo, la anomia, el egocentrismo. Es una sociedad en la que todo vale y en la que se promueven “valores” como la manipulación, el engaño, las emociones superficiales y las sensaciones. Debemos aprender a vivir reclusos en nuestro yo, despreocupándonos de los demás. Nuestra sociedad cultiva el narcisismo a ultranza (Sennett, 1980). Todos estos “valores” son psicopáticos, es decir, son la clave para entender la psicopatía.

El pensamiento único economicista tiende a eliminar, expulsar, todo aquello que obstaculice el (mal) llamado progreso y el desarrollo, hay que eliminarlo.

Así se cometen actualmente homicidios y genocidios. Estas matanzas están justificadas desde un punto de vista económico. La violencia (psicópata) que genera la economía capitalista –y las personas que están detrás- es brutal y despiada. Pero el germen de esta violencia se extiende a todas las esferas, incluidas la escuela y la familia. No nos podemos olvidar de la “violencia social”, cada vez más extensa y que afecta a una gran parte de la población. La generación de violencia es una característica nuclear en la personalidad psicopática.

La ética protestante del espíritu capitalista sostiene que enriquecerse no sólo no es malo sino que además es un deber y, como tal, se presenta como una máxima absoluta (Weber, 2001). En esta religión de origen protestante calvinista, el lucro es un deber moral. La racionalización o racionalidad que propone la nueva religión reduce al mundo y todo lo que habita en él a un objeto de cálculo, explotación y dominación. La ética protestante es, sin lugar a dudas, una ética psicópata caracterizada fundamentalmente por una falta de empatía que genera un estilo de vida antisocial pero bien camuflado, como buen camaleón, por una máxima fundamental que es la razón instrumental. Una racionalización que genera toda una evolución a partir del maximizar beneficios, minimizar costes. No hay manera de poner límites al mercado. La ética capitalista es una contradicción en sí misma ya que la ética, acumulación de capital gracias al esfuerzo del trabajo profesional –dogma angular del espíritu capitalista- desaparece, quedando todo a merced del capital, del mercado. En este sentido, la ética capitalista se caracteriza por una ruptura de los códigos morales, concebidos como tradicionales, y que impiden enriquecerse a costa de los demás. Esta ruptura de lo moral es lo que caracteriza al psicópata. El germen de la psicopatía está servido gracias al capitalismo que se ha beneficiado –y aún lo hace- de la ética para engañar. Este paradigma nos permite comprender cómo personas normales puedan convertirse en psicopatas sin necesidad de intervención de la genética en el proceso. Basta con el proceso de socialización para la conversión de la gente a la nueva religión.

Estamos siendo socializados en una cultura individualista, amoral y hedonista en donde el yo se desarrolla a través de transacciones mercantiles de autorrealización. En definitiva, un narcisismo caracterizado por una incapacidad para sentir, convirtiendo al mundo en un espejo del yo (Sennett, 1980). Si en algo se caracteriza la persona psicópata es por su narcisismo, es decir, la psicopatía se entiende como la expresión máxima del narcisismo en su estado más puro. Y ello viene dado por la eliminación del aspecto social. Todo es impersonal, cosificado y por lo tanto, digno de ser depredado. Los otros están para mi satisfacción; la cualidad de otredad queda borrada, convirtiéndose así en un recurso más dispuesto a entrar en el intercambio mercantil. Dentro de esta cultura, lo privado suplanta a lo público. Esta conversión hace que una persona esté dentro o fuera del sistema. El criterio de exclusión estará alrededor de la máxima de enriquecerse a costa de lo que sea o de quién sea. Estas personas triunfarán y tendrán poder. Las que no quieran enriquecerse, estarán fuera del sistema; serán proscritos y como tal, excluidos. Serán los sacrificados. De esta manera, el mundo queda polarizado: por un lado, los depredadores, triunfadores con poder que abusan de todo y marcan las leyes,

así como sus seguidores, que por miedo a ser depredados, adquirirán la manera psicópata de funcionar hasta convertirse en uno de ellos; y, por otro lado, los depredados o excluidos o sacrificados; las víctimas de esta nueva religión económica.

La ideología de la liberación ha liberado todo incluido el mercado, dejándolo a merced de sí mismo. Esta aparente liberación del mercado en realidad no es tal. Al contrario, el mercado en realidad está copado y pactado entre aquellos más fuertes, aquellas organizaciones psicópatas que se han hecho con el poder y el control del mercado –y del mundo- y que no lo sueltan bajo ningún pretexto. Aquellas organizaciones suficientemente fuertes como para saltarse las leyes, los derechos fundamentales y toda moralidad que pueda suponer barreras a su expansión. En este sentido, debiéramos hablar más bien de división: división de tareas, división social, división familiar. Divide y vencerás, dice la máxima. Pero la máxima capitalista, es decir, psicópata dice más bien: divide y privatiza para explotar, para depredar. De la misma manera que se nos ha vendido una ética del trabajo, también se nos ha vendido un ideal de la familia; ideal que si lo analizamos a fondo, es incompatible con los “valores” capitalistas. No es posible compatibilizar “trabajo” con familia, la conciliación no es posible. El trabajo esclaviza lo suficiente como para impedir tener tiempo para dedicarlo a la familia, a la educación, a la cultura y mucho menos cuando todos estos campos han pasado a ser objetos de consumo.

Un elemento de gran valor en la modernidad, profundamente anclado en nuestras mentes y nuestros cuerpos es el individualismo, una condición social moderna única en la producción histórica (Sennett, 1980). Este nuevo y único individualismo, socialmente compartido, favorece el debilitamiento de los vínculos sociales. Gracias a esta fragmentación social, cada individuo es una posible víctima de la predación o un posible depredador.

La socialización se hace dentro de la ideología neoliberal, ideología que aspira a convertirse en el pensamiento único (Bourdieu, 1999). Dicha ideología no es más que el dominio de los fuertes, de los ricos; caldo de cultivo para la psicopatía. En realidad, la ideología neoliberal es un individualismo radical que miente y manipula al hacernos creer que el mercado es el sistema de elección más racional y democrático que ha existido nunca, cuyo objetivo es el bien común. Gracias a este chantaje amoral, la globalización del mercado avanza sin dificultades. Gracias a ello, los Estados están dejando de proveer servicios, porque no hay alternativa. La retirada de los Estados ante el mercado ha dejado al ser humano a merced de la tiranía y el totalitarismo de los más ricos, poderosos y fuertes; en definitiva, a merced de la psicopatía en estado puro. Ellos son la ley.

Si la sociedad genera personalidades psicopáticas es gracias al principio educativo de tolerancia máxima o, lo que es lo mismo, prohibido prohibir. No sólo no se sancionan muchas conductas y actitudes psicopáticas sino que se las refuerza. Esta filosofía sin restricciones por miedo a castrar, a traumatizar, genera una incapacidad para inhibir ciertas conductas y socializar. Es una buena forma de educar personas tiranas.

La religión económica: germen de la psicopatía

En la modernidad la religión como elemento estructurador de lo social se desplaza hacia la periferia y ésta es sustituida por lo político y posteriormente, en el siglo XX, por la economía, utilizando como principal dogma la razón instrumental, legado de la Ilustración. En este sentido, la economía, como cualquier otra religión de corte tradicional, tendrá sus sacrificios, sus rituales y sus incuestionables dogmas, transformando el pensamiento moderno en un único pensamiento pero razonable y razonadamente fruto de un consenso. El que la religión tradicional haya sido desplazada hacia la periferia no ha significado la desaparición de lo sagrado sino su metamorfosis. Hoy, la economía representa lo sagrado.

El dogma de la razón pervierte esta misma facultad en cuanto que se la utiliza para velar el auténtico motivo de una acción. De esta manera, la religión económica podrá realizar sus sacrificios humanos de manera justificada por una razón de costes y beneficios. Además, el sacrificio de algunas personas está justificado por el bien de toda la sociedad. La máxima del imperativo categórico kantiano es transformada por la economía: se debe hacer aquello que se puede hacer y, como todo es posible, todo es factible. Esta es la nueva racionalidad instrumental. Para lograr un fin, poco importa los medios; lo importante es la solución. La gente sacrificada a lo sumo serán daños colaterales pero necesarios al bien común. Esta es la racionalidad instrumental totalitaria. Esta posición cognitiva es característicamente psicópata compartida por todos, puesto que el capitalismo se nos presenta como la única y mejor solución o alternativa hasta ahora propuesta. Incluso se llega a naturalizar dicha opción. Si el capitalismo ha triunfado sobre todas las ideologías es porque se ha desarrollado de forma natural, mientras que las otras alternativas eran de corte teórico y, como tal, fallaban en algo.

La religión sacrificial de la economía no tiene moral como tampoco la tiene su máximo representante: el mercado; la única restricción viene por lo que pueda soportar. Ni tan siquiera la legalidad puede restringirlo porque la ley es él: si puede, debe hacerse. Esta es una lógica amoral basada en el cálculo frío y racional de las ganancias que se van a obtener de las acciones. Es una lógica psicópata que no tiene ni remordimientos, ni culpa, ni arrepentimiento, ni miedo. Una lógica compartida por muchos millones de personas. Una lógica que negocia con armas, terrorismo, drogas, política; una lógica que mata a quien se interponga en el camino de lucrarse; una lógica que impone y deroga leyes, gobiernos; una lógica que a veces hace ganar a entidades financieras cantidades equivalentes a los productos nacionales brutos de algunos países. Una lógica que ha invadido gradualmente todas las capas sociales y que justifica la especulación, tanto de grandes como de pequeños. Una lógica que miente y manipula si es necesario para disfrazar su verdadera motivación. Una lógica que desestructura la sociedad, deshaciendo todo aquello que la cohesionaba, como la nación, la familia, la escuela, las asociaciones, la religión. Por dividir, divide hasta lo indivisible, que es el propio individuo –multifrenia-, a través de mecanismos psicológicos, resultando de ello el innumerable e incalculable sufrimiento del individuo moderno representado en las numerosas patologías. Esta lógica psicópata está llevada a la práctica por psicópatas;

personas que están detrás de la economía, el mercado, la política, los negocios. Seres desalmados a quienes no les importa las consecuencias de sus actos. Seres que liquidan todo aquello que se interpone en su camino.

Gracias a esta lógica basada en la razón, es factible la “desresponsabilización” de las acciones. No es culpa de nadie sino del mercado, la competencia o la presión de los costes. Gracias a la razón de la lógica psicópata se puede justificar la deslocalización de las empresas, el despido masivo, las grandes hambrunas, las condiciones retributivas, los desastres medioambientales, las masacres, la violencia, la desigualdad, la pobreza. Gracias a ello se pueden justificar las enormes riquezas e ingentes beneficios económicos de grandes empresas. Gracias a la comprensión del funcionamiento de la lógica psicópata podemos entender la transformación de muchas personas en psicópatas funcionales (Piñuel, 2008). Esta lógica lo más que puede causar es una disonancia cognitiva entre el pensamiento y la acción. Ante esta tesitura, es decir, si los actos generan una dificultad en el vivir, la gente modifica su manera de pensar para así obtener concordancia. De esta forma, el neopsicópata justificará sus terribles acciones en función de sus buenas intenciones finalistas (Piñuel, 2008). En nombre de un bienestar común o social, se cometen las mayores atrocidades. Como lo hizo Hitler, “por el bien de la humanidad”.

Debido al debilitamiento político, los mitos han tomado el protagonismo ideológico, colmando así el vacío dejado por la desencarnación de los Estados-nación. Uno de los mitos más importantes en la economía psicópata actual es la mano invisible que regula el mercado (Smith, 1988). Se trata de un mito, verdad sacrosanta, tan profundamente arraigado en nuestras sociedades, que prácticamente nadie se atreve a desafiar so pena de haber perdido la razón. Además de ser la mejor excusa para desresponsabilizar a los culpables y responsables de muchas acciones, es una auténtica mentira, transformada hoy en delirio colectivo inconsciente en muchos casos, que plantea una concepción genética de la razón que hace que la suma de intereses individuales converja en un bien colectivo. Este delirio ilustrado ha dejado fuera todas las circunstancias, fundamentalmente sociales, que rodean al individuo; deja fuera toda la psicología humana; deja fuera todos los mecanismos fundamentales para el aprendizaje; deja fuera fundamentalmente toda la ética y moral; deja fuera la cultura. Se “olvida” de que el ser humano es fundamentalmente un ser político y como tal, difiere de su naturaleza salvaje e imhumana, requiriendo, en consecuencia, todo un aprendizaje y una educación que se extiende a lo largo de toda la vida.

Socialización moderna: la banalización del mal

La banalización del mal viene de par con la liberalización del mercado que se viene realizando en estas últimas décadas a través de la falsa creencia de ser el único camino posible. El capitalismo neoliberal se nos aparece como la única elección racional y democrática de toda la historia. A través de la racionalidad instrumental se justifican las mayores atrocidades. La banalización del mal viene de la extendida creencia de que la economía exige sacrificios por el bien de la humanidad. La economía capitalista, democrática y racional nos dice –por

medio de las acciones- que en el mundo no hay lugar para todos, no hay comida para todos, no hay derechos para todos, no hay trabajo para todos, no hay viviendas para todos, no hay agua para todos, no hay leyes para todos; simplemente, no hay para todos. Una vez que todos hemos aceptado las reglas del juego, cualquier carnicería, cualquier atrocidad queda legitimada, banalizada bajo eslóganes como “cumplir órdenes”, “es así”, “es por vuestro bien”. La destructividad de la economía, al igual que la naturaleza, es así y nada se puede hacer. De esta manera, las catástrofes humanas derivadas de decisiones empresariales nos son presentadas como formas inevitables e incluso naturales de la economía (Piñuel, 2008). Esta actitud y forma de hacer totalmente amoral y psicópata es divulgada por los medios de comunicación –el cuarto poder- como el mejor de los mundos posibles y, como no hay otro modo de hacer las cosas, hay que dejar hacer a la “mano invisible” del mercado que opera de manera democrática, igualitaria y objetiva. De esa manera todos nos resignamos ante los designios de la economía y aceptamos estoicamente cualquier barbaridad. No hay culpables, no hay responsables, no hay autoridad; sólo poder que *«permite a los líderes de un equipo dominar a los empleados negando la legitimidad de las necesidades y deseos de éstos»* (Sennett, 2000: 121). El tipo caracterológico que hace emerger este tipo de poder sin autoridad es el psicópata.

Dado que la clasificación de psicópata ha sido remplazada por la de personalidad antisocial, tenemos que analizar uno de los rasgos distintivos de estos sujetos: la violencia. Galtung (1969) define la violencia como la resultante de la diferencia entre lo potencial y lo actual, esto es, lo que incrementa esta diferencia. Es violencia cuando algo es posible y no se realiza o actualiza. Si es posible prevenir una catástrofe y no se hace todo lo posible por evitarla, esto es violencia. Es el caso reciente de Birmania. Desde esta perspectiva, este mismo autor distingue entre tres tipos de violencia: estructural, cultural y directa. Estructural, aquella violencia edificada dentro de una estructura y que se manifiesta como un poder desigual. Como ejemplo de esta violencia podríamos poner cualquier sociedad democrática moderna y capitalista que justifica las diferencias sociales creadas por sí misma. Cultural, aquella violencia ideológica que sirve para legitimar la violencia estructural y directa. Como ejemplo, podríamos poner al mencionado cuarto poder –la prensa- que legitima en su discurso la economía y lo que esta ocasiona. Directa es aquella violencia ejercida por un actor sin ninguna mediación. Como ejemplo valga el acoso sexual en el trabajo. El mismo autor distingue y define claramente dos tipos de violencia directa: física y psicológica. Esta última el autor la define como aquella violencia que *«se opera sobre el alma; esta última puede abarcar las mentiras, el lavado de cerebro, las diferentes formas de adoctrinamiento, las amenazas, etc., que sirven para disminuir las potencialidades mentales»* (p. 34). A tenor de lo expuesto y lo analizado en los apartados anteriores, a tenor de lo publicado por numerosos autores, podemos sin duda decir que nuestras modernas sociedades democráticas y economicistas son altamente violentas y, por ello, fuertemente antisociales o psicópatas. Un ejemplo reciente de esta deriva antisocial y claramente psicopática la tenemos en la aprobación de la directiva europea de extender hasta 60 horas (y en los médicos hasta 65) la jornada laboral semanal. Es evidente que esta directiva va en contra de los derechos humanos básicos y desde luego no deja espacio para compatibilizar

la vida laboral con la familiar, ni la social ni la individual. Parece una forma sibilina de volver a la esclavitud en la que se vivía en los siglos XVIII y XIX, en las primeras fases de industrialización. Hannah Arendt (1988) realizó un estudio sobre las bases teóricas de la violencia, concluyendo que la violencia es la expresión más contundente del poder y que surge de la tradición judeo-cristiana y de su imperativo concepto de ley (Antxustegi, 1999). En este sentido, la violencia se enraíza en lo más profundo y original de nuestra sociedad occidental, esto es, en los principios más antiguos que fundaron nuestro pensamiento. En otras palabras, el pensamiento occidental genera un caldo de cultivo propicio al desarrollo de personalidades antisociales o psicópatas (violencia cultural o bases culturales de la violencia en Occidente).

La ideología de la igualdad pregonada por nuestras democracias occidentales está haciendo mucho daño por generar pronunciadas y profundas desigualdades y, en consecuencia, violencia. En el contexto de la organización social moderna, los fenómenos violentos expresan la confusión creada por la supuesta igualdad de sus miembros; igualdad que no ayuda a diferenciar los unos de los otros y, en consecuencia, a establecer posiciones diferentes para una organización clara y diferenciada. En otras palabras, cuando en una jerarquía las posiciones estatutarias son confusas, una lucha por el poder –que ya no es tal– se instaura, convirtiendo el paisaje en un campo de batalla, a fin de establecer el orden por la fuerza (Jáuregui, 1999).

El término “poder” hace referencia a la potencia en tanto que posibilidad. El poder, en su acepción de potencia, deviene la realización concreta de una infinidad de posibilidades; representa la autoría propia de una potencia, de una virtualidad. En este sentido, la potencia transforma lo virtual en actual, pasando así de la confusión de la indiferencia a la creación humana, a la concretización, dentro de unos límites inherentes al poder. Si el poder en tanto que potencia se representa por su autoría, el abuso de poder se representa por su anonimato, es decir, por la falta de autor propio en nuestras sociedades modernas, llamadas democráticas, donde el poder de todos es en realidad el gobierno de nadie (Arendt, 1998). En el contexto social moderno, el poder también sufre las consecuencias de la trasgresión, transformándose así en fuerza y, en consecuencia, abuso.

La lucha por el poder, omnipresente en nuestras sociedades modernas, comprende el arte de mantener ambigua la relación propiamente humana basada en la pluralidad. Esta ambigüedad hace referencia a la imposibilidad de hablar desde una posición clara y definida, ya que para ello se requerirían referencias, es decir, marcas que señalan la existencia de diferencias y a partir de las cuales definirse sería posible. Por ejemplo, hablar desde la posición de padre requiere de la existencia de unos hijos que lo puedan definir y reconocer como tal. Estos representan la referencia, dada por la diferencia generacional que hay entre ellos y el padre, diferencia que sostiene y mantiene la posición paternal. Lo mismo con respecto al profesor, al alumno, a la madre, al hombre, a la mujer, etc. En definitiva, no es posible hablar claramente sin referentes y no puede haber referencias sin diferencias (Jáuregui, 1999). En nuestra sociedad moderna esta ambigüedad se puede constatar a partir de la anulación de las diferencias que constituyen el punto de anclaje de la relación de interdependencia a partir de la

cual la definición es posible: el desierto se hace inhóspito por la falta de referencias. En este sentido, cabe subrayar la desaparición del padre en tanto que figura de mediación familiar en las sociedades modernas. El padre ha sido sustituido por el gobierno del Estado-nación. Pero quien dice padre, dice también profesores, políticos, cuerpo médico, etc. En definitiva, toda forma de autoridad. Al anularse las diferencias, la única forma de diferenciarse que queda es a través de la cantidad, pero ello no aporta una diferencia cualitativa, una sustancia. Así, en el capitalismo, uno se define por lo que tiene. Ello impide una relación humana clara y ordenada, provocando una definición confusa denunciada por el síntoma. Esto ocurre muy a menudo en estructuras organizacionales disfuncionales donde el síntoma revela una trasgresión de la diferencia, es decir, una violencia, emergiendo de ello una relación confusa. Un buen ejemplo lo encontramos en aquellas familias en donde el hijo o hija mayor, portador del síntoma, ha adquirido funciones parentales, convirtiéndose así en el esposo o esposa simbólico pero real de uno de los progenitores. En estos casos, las referencias no son claras ya que las diferencias generacionales no están bien marcadas. En estos sistemas, las diferencias entre los subsistemas (parental y filial) aparecen borradas, anuladas, y las personas designadas portadoras del síntoma se revelan fundamentalmente como siendo partes no diferenciadas del otro. Otro ejemplo revelador de esta confusión son los llamados sindicatos verticales, en donde patrón y trabajador forman una unidad de trabajadores, una comunidad de iguales (Jáuregui, 1999).

Recordemos que la lucha violenta por el poder viene de la mano de la desaparición de todo aquello que denote un margen, un límite, en definitiva, una mediación. Así, en nuestra sociedad moderna, donde predomina una forma de organización confusa, nadie sabe quién es su par, quién su ascendencia, quién su descendencia; lo cual viola la regla básica de toda organización: la diferencia. Por poner un ejemplo, el padre ya no es padre de sus hijos sino amigo de ellos, confundiendo toda la organización familiar. En relación con este fenómeno de la anulación de las diferencias, encontramos su corolario, a saber, que nadie asume la responsabilidad que su posición implica. Entonces, en caso de desatarse un síntoma como puede ser el terrorismo, se busca un culpable, un chivo que expíe las culpas. En el ámbito educativo, esta irresponsabilización se ve claramente en la confusión existente entre ministerio de educación, padres y profesores/colegio. Finalmente, tenemos como resultado el fracaso escolar del niño, que es quien expía la falta de sus mayores (Jáuregui, 1999).

En este caos generado en gran parte por la desaparición de modelos ideales y permanentes, por la progresiva regresión de la política y por la paulatina desintegración social, la economía psicópata, depredadora y bárbara, gestionada por psicópatas, se enraíza. También progresivamente los Estados-nación cuyo fin último reside en defender el bienestar común mutan en Estados-mercados totalitarios planteados como fuente de oportunidades para los individuos (Napoleoni, 2008). En este nuevo contrato social se suprime cualquier legislación gracias a la desregulación o liberalización de la economía. Las reglas laborales que Occidente ha conseguido durante los siglos XIX y XX, se van rompiendo y la economía se va fraguando fuera del espacio social, político y humano; fuera de las leyes. El emergente Estado-mercado totalitario y homogeneizante –pensamiento único- nace en el caos generado por el vacío

legal y político. Ante el retroceso de la política, avanza la violencia de una economía amoral y psicópata, pues saltarse la ley, burlarla, es el principal medio para llegar al único fin de enriquecerse a costa de los demás. El *laissez-faire* de la liberalización económica ha permitido sustituir la ética y moral del Estado nación por el oportunismo del Estado-mercado. Así, en estos nuevos Estado-mercado, ya no se inyectan los beneficios para enriquecer y beneficiar a una nación. El capital se convierte en activos para volver a ser inyectados en algún otro negocio que genere, de nuevo, más activos. Es el nuevo negocio de hacerse ricos y cualquier intento de política, de legislación, es entendida como enemigo de este nuevo valor cultural que es hacer más dinero o enriquecerse a toda costa. Es así como las sociedades occidentales, las cada vez más obsoletas naciones, se van asimilando a la lógica psicópata. Si lo que caracteriza a lo humano es su ser político, social y cultural, lo que caracteriza la psicopatía es justamente su ser que destruye la red social, lo político y lo cultural. En este sentido, quienes manejan y manipulan la economía hoy, banqueros, industriales, empresarios, políticos, entre otros, son auténticos psicópatas, delincuentes de guante blanco; psicópatas organizacionales que han encontrado en los ambientes economicistas, empresariales y políticos, un nicho ecológico ideal para su desarrollo (Piñuel, 2008). La impunidad con la que salen indemnes, hace que estos comportamientos se realimenten positivamente, llegando a desarrollar una maestría en el arte de depredar socialmente cualquier organización y convertir a personas buenas en psicópatas.

El capitalismo de ficción (Verdú, 2003) que se está generando en esta última fase del capitalismo, según algunos autores, hace que se desvanezcan progresivamente las fronteras entre realidad y ficción (Napoleoni, 2008), no sólo porque esconde la verdadera naturaleza de lo que realmente consumimos sino porque se nos sirve una realidad intangible, una especie de segunda realidad o realidad de ficción bajo la apariencia de una naturaleza mejorada. Sin embargo, «*Casi todos los productos que consumimos tienen una historia oscura escondida, desde el trabajo esclavo hasta la piratería, desde la falsificación hasta el fraude, desde el robo hasta el blanqueo de dinero*» (Napoleoni, 2008: 133). Más que una economía es una depredación, esto es, una economía parasitaria que vive a expensas de los demás hasta canibalizarlos de las formas más diversas e inhumanas que existen como es la esclavitud. Esta economía psicópata, y depredadora, genera un estilo de vida parasitario que consiste en vivir del trabajo de los demás. Los demás acaban siendo esclavos, instrumentos para su bienestar. Esta idea ha quedado bastante bien reflejada en la obra literaria de Michel Tournier (1999), *Viernes o los limbos del pacífico*. En esta obra se relata el nuevo hombre que emerge del siglo de la luz. Un individuo, aislado de su comunidad; un naufrago, que no duda en esclavizar a Viernes, un aborigen, tras haber intentado dominar la isla bajo una omnipotencia casi delirante, sacando de ella toda la riqueza que podía. Robinsón se comporta tanto con la isla, bautizada como Esperanza, como con Viernes con una gran violencia. Quiere someter a ambos seres sin alma, y no duda en los medios a utilizar para conseguirlo. Viernes, el esclavo, debía vivir para él; tenía que aportarle una justificación a su particular forma de organización.

La banalización del mal viene acompañada de la legalización del mal y ello, a varios niveles. Por un lado, si los psicópatas se encuentran fundamentalmente en los negocios y en la política, nos encontramos con que estos son quienes actualmente hacen las normas, dictan los principios (Hare, 2003). No basta con que vivan al margen de la ley sino que ellos son la ley. Por otro lado, el hecho de que la economía se rija por el criterio externo de lo que es formalmente legal o está permitido, hace que aquello que no esté explícitamente prohibido sea aceptable. *«De este modo, y en el más puro cumplimiento de la legalidad, se pueden implementar los programas más inmorales y las medidas más antisociales y generadoras de sufrimiento humano»* (Piñuel, 2008: 149).

Conclusiones

La sociedad moderna del siglo XXI, dominada enteramente por la economía, ha permitido no sólo que el psicópata salga de su medio íntimo y privado familiar para ganar notoriedad y poder en las esferas públicas, sino que, además, su estructura fría y amoral se ha convertido en un perfil anhelado para conseguir el éxito. En otras palabras, la psicopatía se ha convertido en una especie de modelo a aprender y a imitar. La socialización pasa por el aprendizaje de un individualismo salvaje, un marcado narcisismo, una pobreza relacional afectiva notable, de una conducta antisocial y violenta importante y, quizás, una pobreza intelectual (de pensamiento y de palabra) obvia. La deshumanización es el aprendizaje que debemos hacer para sobrevivir en nuestras sociedades y no ser excluidos. Y ello se ve en la desaparición lenta pero progresiva de toda la esfera pública, de la ciudadanía o civilidad, de la política, de la polis o ciudad, de los espacios sociales de encuentro, de la comunidad, de la educación, de la palabra, del pensamiento, de la acción.

La naturaleza parásita, cruel y violenta hace del psicópata un superviviente perfectamente adecuado y capacitado para vivir en un tipo de sociedad democrática como la nuestra. Gracias a las modernas características del mercado globalizado, de un entorno socialmente desestructurado y desestructurante, la psicopatía está en alza. De alguna manera, nuestras sociedades promocionan cultural, estructural y directamente este tipo de patología, contagiando, igual que un virus o un germen, su proceder a todos los ámbitos sociales.

La psicopatía se ha hecho con el poder, con las normas, con las reglas de juego, con la política, gracias a la justificación de que la economía es la causante de la mayor parte de tragedias humanas que se viven en la actualidad. Las características de la psicopatía se han generalizado, pudiendo perfectamente aplicarse a las características sociales y a los valores culturales promocionados por las sociedades opulentas.

En una sociedad anómica, en la que todo vale y cada uno va a lo suyo; en una sociedad en la que la moral y la ética están en vías de extinción; en una sociedad que promueve el comportamiento camaleónico o mimético de actuar como si; en una sociedad que promueve la corrupción, el engaño, la mentira, la manipulación, la búsqueda de sensaciones límite, la indiferencia, la

personalidad psicopática resulta ser la más adaptativa. Se trata de una sociedad en constante cambio, que dificulta sensiblemente las relaciones sociales, en donde las personas están cada vez más solas, más aisladas y se muestran con notable indiferencia hacia los demás. Una sociedad que promueve el hedonismo y el egoísmo. Todas estas y algunas más, son las características más sobresalientes de la psicopatía.

Desde esta perspectiva, la psicopatía no puede recluirse en el reino de la genética ni de la criminalidad exclusivamente. El proceso de socialización y de enculturación que están sufriendo las sociedades modernas favorece el desarrollo y la promoción de la psicopatía como forma de ser y de estar en el mundo. Una psicopatía, de corte organizativo, que encuentra en las estructuras sociales habituales el caldo de cultivo apropiado para desplegar sus poderes y encantos sin mayores problemas.



Bibliografía

- Antxustegi, E. (1999). Hannah Arendt: la política y la violencia. *biTARTE*, 17 (15-22).
- Arendt, H. (1998). *La condición humana*. Paidós. Barcelona.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Paidós. Barcelona.
- Bourdieu, P. (1999). "De nuevo sobre la televisión", en *Contrafuegos. Reflexiones para servir a la resistencia contra la invasión neoliberal*, (pp. 107-116). Anagrama. Barcelona.
- Cleckley, H. (1988). *The Mask of Sanity*. Emily S. Cleckley.
- Galtung, J. (1969). Violence and Peace. *Journal of Peace Research*, 6 (3): 167-191.
- Garrido, V. (2000). *El psicópata*. Algar.
- Hare, R. (2003). *Sin conciencia*. Paidós. Barcelona.
- Jáuregui, I. (1999). *Violencia y sociedad*. En *biTARTE*, 19 (pp. 25-32).
- Lasch, C. (1999). *La cultura del narcisismo*. Andrés Bello. Barcelona.
- Lipovetsky, G. (1983). *L'ère du vide*. Folio. Paris.
- Lipovetsky, G. (1990). *El imperio de lo efímero*. Compactos Anagrama. Barcelona.
- Napoleoni, L. (2008). *Economía canalla*. Paidós. Barcelona.
- Piñuel, I. (2008). *Mi jefe es un psicópata*. Alienta. Barcelona.
- Rius Saenz, C. (2004). Psicopatía y política. *Revista de psicología y humanidades Epsys*, 3. http://www.pucp.edu.pe/aeg/boletin/deintereses/boletin13/psicologia_rius.pdf
- Sennett, R. (1980). *Narcisismo y cultura moderna*. Kairós. Barcelona.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Anagrama. Barcelona.
- Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Anagrama. Barcelona.
- Smith, A. (1988). *Investigación sobre naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Oikos-Tau. Barcelona.
- Tournier, M. (1999). *Viernes o los limbos del pacífico*. Alfaguara. Madrid.
- Verdú, V. (2003). *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*. Anagrama. Barcelona.
- Weber, M. (2001). *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo*. Alianza Editorial. Madrid.